

CUANDO GANAMOS LA CALLE

Gustavo Masso

Ahí estábamos matando el sábado, contándonos chistes y vacilando a las chamacas, adiós mamacita, a qué horas vas al pan, si como las mueves etcétera, que pasaban a cada rato para ir a la Guadalupana, la tienda de la esquina, a traer algún mandado, mientras nos gorreábamos unos a otros los cigarros y nos mentábamos la madre o nos golpeábamos amistosamente.

También los escuincles de la cuadra estaban, como de costumbre, jugando futbol a media calle, *driblando* de vez en cuando algún coche. Por eso teníamos que estarnos cuidando de los balonazos, ¡bolita favor...!, que nos llegaban. Pero ahora, por más que les aventábamos la bola bien lejos, ¡háganse para allá, cabrones!, los canijos ya nos habían agarrado de sus tarugos y se la pasaban chutando con todas sus ganas para acá. En una de esas le dieron un pelotazo en la mera jeta al Macuarro, que ese sí es rete enojón, y que se levanta hecho la madre a perseguirlos, aunque con esos guarachotes que usa cuándo los iba a alcanzar. De todos modos nos quedamos con el balón y los escuincles ya o se animaron a pedirlo. Nomás los veíamos parados en la esquina haciéndonos gestos y burlándose.

Entonces, como el Federico ya iba a empezar otra vez con su chistecito del cura, que es bien mamón, que nos ponemos de acuerdo para echar una cascarita de futbol y, pa luego es tarde, formamos los equipos, cuatro contra cuatro, de a las

caguamas, ¡van!, pusimos las porterías, coladeritas de tras pasos, con dos piedrotas en medio de la calle, se vale rebotar en la banqueta y no hay *ofsaïd*, sale, sacan pichones, y comenzamos a jugar con entusiasmo, pensando más que nada en las cervezas que estaban de por medio.

Los comerciantes de la cuadra, ¡ya van a empezar esos vagos!, bajaron luego luego sus cortinas, aunque de todos modos casi era hora de cerrar, y los chavitos, que ya nos habían perdido el miedo y se interesaron en el partido, se acomodaron en un zaguán y desde ahí soltaban la carcajada cada vez que atropellábamos a alguna señora, ¡brutos, desconsiderados!, que pasaba por allí con su chilpayate en brazos, o cuando nos metíamos algún *faul* más o menos aparatoso.

El juego estaba reñido y ya íbamos dos dos cuando un coche, un Gálaxi negro grandote, se soltó tocando el cláxon para que lo dejáramos pasar. Nosotros ni lo pelamos, así que siguió pite y pite hasta que el Macuarro se encabronó y le tiró adrede un balonazo que le dio en la frente y le abolló toda la parrilla. Entonces, como ya se habían juntado cuatro o cinco coches más, atrás de él, el cuate este del Gálaxi, ¡qué se han creído!, se sintió de pronto valiente y se bajó a echar bronca. Los de los otros carros también se bajaron a ver qué pasaba, los niños salieron del zaguán y se acercaron, y en las ventanas de las casas los vecinos, ¿quién le pegó a quién?, se asomaban a preguntar a los de afuera. Pronto se hizo una bolita de gente que no sabía ni qué pedo pero ai estaban de chismosos.

El del Gálaxi discutía, ¡ustedes no saben con quién se están metiendo!, sacaba credenciales y quería quitar las piedras, y nosotros agarrábamos al Macuarro, ¡déjenme partirle su madre a este pinche viejo!, que se le quería ir

encima, mientras en medio de la discusión el Toño, que se da aires de galán, aprovechaba para llegarle, ¿por qué tan sola, mamacita?, a una chava de un Volkswagen que no sabía ya ni dónde meterse.

El caso es que nosotros no aflojamos, y lo bueno es que los vecinos, ¡no se dejen muchachos!, comenzaron a apoyarnos, mientras desde las azoteas de las casas le aventaban basura y porquería y media a los coches. Pero el colmo fue cuando al carnicero que vive en la esquina se le ocurrió salir a afilar sus cuchillos en la banqueta, a la vista de todos. Ahí empezó la desbandada, y como los coches de atrás se estaban echando en reversa para salir por un callejoncito lateral, al del Gálaxi, ¡mejor ai muere!, se le quitó lo valiente, se subió a su carro y se echó también en reversa seguido de todos los chavitos, ¡pinche viejo maricón!, que iban golpeándole los cristales y burlándose.

Total que acabamos el partido, hicimos coperacha para tomar una cerveza, y ya de nohecita, cuando de las casas salía un olor a frijoles recién hehecitos y a café con leche, nos metimos a cenar, pero nadie quitó las piedras de la calle. Esa noche, a pesar de ser sábado, no nos emborrachamos.